

LAS BRIGADAS DE NAVARRA

CRONICA ARTILLERA (1937)

por CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS
Teniente General

Segundo año de guerra.

Santander acaba de caer, y las «Brigadas de Navarra», a las órdenes del general Solchaga, quedan libres para seguir en dirección a Asturias (1).

De Este a Oeste, dos directrices paralelas: la carretera de la costa, y la que va a Cangas de Onís.

San Vicente de la Barquera, Unquera, Llanes..., que jalonan el avance, se han tomado fácilmente. La cuenca del Nansa está rebasada; pero a medida que la linde entre Santander y Asturias se aproxima, cada vez son más agrestes las montañas, más pedregosas y empinadas. Un paisaje impresionante, que sólo se aprecia en época de paz.

La Sierra de Cuera está situada entre aquellas directrices. Abajo, la entrada al largo e impresionante desfiladero que va hacia Cangas, está duro de pelar. «Quinta» y «Sexta» rivalizan a ambos lados del camino, con sus vanguardias a la vera de unas rocas imponentes; y, desde la altura, **cerca de Panes, que termina**, como todas, en gigantesca mole de granito, Quique Torres, con ocho obuses de *quince y medio* y algunas piezas más de *ciento cinco*, procura hacer lo que no logran los cañones de montaña, que, en pos de su columna, se han enfrascado en un terreno intransitable.

Con los prismáticos, se sigue bien la operación. Se ve la situación de cada grupo; pero es difícil determinar por qué razones no

(1) Toman parte en esta operación las brigadas I, IV, V y VI, mandadas, respectivamente, por los entonces coroneles García-Valiño, Alonso Vega, Juan Bautista Sánchez y Abriat (reemplazado este último por Tella en el último período).

se avanza, cuando todo está de acuerdo con lo dicho y previamente convenido. *¡Preparación sobre el objetivo 5 de la cota 400!* Esa preparación tiene lugar a la hora establecida; dura lo concertado, y se desarrolla en excelentes condiciones. Los proyectiles caen muy cerca de los nuestros, que no parecen inmutarse. Pero el fuego se concluye sin que veamos desplazarse a los de arriba. Y es que no es posible esclarecer la situación: las rocas son inmensas, y sus paredones, verticales.

La senda divisada es única, y hay que andarla paso a paso; y cuando está batida por una o varias armas automáticas, no hay más remedio que pararse a meditar sobre lo conveniente, o esperar que un incidente imprevisible dé lugar a un cambio radical.

Los recovecos de la sierra son algo serio en esta zona. A veces, una hilera se detiene a pocos metros de la «máquina» que estorba, sin hallar el modo de evitarla, ni poder solicitar de retaguardia un fuego más certero o más potente. Entonces, el que manda se hastía de observar y escudriñar. Con frecuencia, da con el obstáculo; pero está tan cerca de la gente —aquel obstáculo—, que el jefe está obligado a no hacer fuego, y a armarse de paciencia.

Se trata, sin embargo, de un incidente aislado. Pero, entretanto, en zona oculta, hay otros hombres que trabajan, que se mueven, que van y vienen, que descubren otro paso o que se aventuran por el mismo hasta el instante en que una bala —maldita e inesperada— atraviesa el pecho del primero, o hasta que al fin ese valiente halla un sendero más cubierto que los otros o en mejores condiciones para aceptar la ayuda —o el «apoyo»— de sus propias baterías.

Un episodio semejante se repite en varios sitios, a lo ancho del sector que las vanguardias cubren. No cabe darse cuenta del detalle, desde la orilla opuesta del barranco. Desde abajo, menos aún. Sólo es posible, al cabo de minutos —o de algunas horas—, advertir que el enemigo se retira de la «cota 400», y ver —entonces— al requeté de la bandera, que salta de risco en risco, lo mismo que un rebeco saltaría.

* * *

Llanes se halla en punta. La «Cuarta» cubre su frente, en áspero contacto con los rojos. Se diría que está engranada con los mismos.

En cambio, la «Primera», después de haberse apoderado de unos redientes de la interminable sierra de Cuera, intenta, ahora, efectuar

su envolvimiento ; y, a ese efecto, se desplaza de norte a sur, siguiendo el gran desfiladero de Mazuco.

En medio, Germán Castro, con ocho obuses de *quince y medio*, doce de *ciento* y diez y seis cañones de *setenta y cinco*, atiende, por separado y alternadamente, a las Grandes Unidades en cuestión, procurando, por supuesto, no abusar de variaciones.

La «Cuarta» está inmovilizada ; así es que todo el fuego —o casi todo al menos—, queda a disposición de la «Primera». Pero, la subida al puerto de Mazuco está muy dura. La posición del enemigo es excelente. Los peñascales, aquí también, se prestan a efectuar una defensa firme ; y, a causa de esto, cada pequeño avance se realiza con auxilio de otra «preparación de artillería».

Al empezar las baterías de *ciento* y de *quince y medio* aciertan siempre a concentrar su fuego sobre el punto más neurálgico ; pero, a medida que la columna comienza a penetrar en el terreno pedregoso no sólo es más difícil acertar con el barranco inobservable, sino que fallan muchas espoletas por su aplastamiento contra la piedra. Surge, entonces, de retaguardia, el mejor «apoyo» de los *Flac*: dos baterías de 88, que tienen la misión de proteger el «campo de aviación» de Llanes, más cuyo alcance y precisión cooperan a un tiro impecable contra los obstáculos que encuentran las vanguardias.

Los días 8 al 12 de septiembre transcurren en continua lucha destinada a la conquista del Mazuco. La operación es dura ; pero hay que dominar la situación para tomar el último peldaño de la Sierra. Con ese fin, el 13, la artillería de cuerpo es reforzada con varias baterías que vienen de la zona de la «Quinta», que avanza por las cumbres sin poderse aprovechar del fuego realizado desde el camino en hondo.

El 14, se alcanza «Peña Labres», después de una preparación que dura casi toda la jornada, y en la que intervienen trece unidades. El 15, empieza la ascensión a «Peñas Blancas» ; y el 22 se llega arriba, después de siete días de un incesante esfuerzo de la «Primera» y «Sexta», y de emplear varios millares de granadas rompedoras.

* * *

Cuera, el contrafuerte más avanzado de los Picos de Europa, está en nuestro poder. Sus tremendos peñascales van quedando atrás, y las aristas por las cuales se arrastraban, cuerpo a tierra, los infantes que

llegaban a la altura, no parecen, desde lejos, tan imponentes como son en realidad. Los capitanes de las baterías de montaña que, a fuerza de perder mulos, siguieron a los infantes, contemplan desde abajo la cordillera conquistada, sin coordinar a fondo los recuerdos de su larga pesadilla.

Ahora, no hay tiempo que perder. Hay que mirar hacia vanguardia, y estudiar lo nuevo, y lo nuevo nos parece medio mundo. En plena guerra, lo conquistado se empequeñece. Más lo que hay delante se agiganta.

Los batallones turnan para subir a cada objetivo; y las agrupaciones se relevan para estar en primera línea. Pero, las baterías, con menos bajas, están continuamente al pie del yunque, disparando sin cesar; y, cuando no disparan, se están moviendo con objeto de acudir a otro sector que las reclama con urgencia.

* * *

Septiembre ya decae, y el campo toma un tinte algo rojizo. Estamos en zona más despejada. Hay mucho observatorio; mas cuando se avanza y las columnas se destacan, no hay tiempo de elegir. Es necesario resolver rápidamente, a fin de que las transmisiones estén montadas cuando llegue el material. Luego, si el observatorio es defectuoso, habrá que limitarse a aprovecharlo poco rato, y desplazarse pronto en busca de otro más perfecto.

Las «Brigadas» continúan ganando tierra hacia Gijón, donde se halla el corazón de la defensa. Avanzan paralelas. Van en línea de columnas de brigada. La «Cuarta», junto a la costa, marcha con paso lento y muy seguro, hasta ocupar Ribadesella, que está sin puente, a fin de recordar la presencia y el trabajo de los «dinamiteros». La «Quinta», al Sur, sigue la carretera que va a Cangas. En fin, la «Primera», en medio, se enfrenta con un cerro —el monte Benzúa—, que es difícil de escalar.

En el Benzúa hay menos piedras que en la Sierra de Cuera, pero sus laderas son muy pendientes. Sólo arriba, cerca de la cumbre, parece haber unos rellanos de escaso fondo en los que acaso sea posible reafirmarse.

La preparación es larga. El tercio de Lácar la aprovecha con un brío extraordinario. Su vanguardia alcanza el último rellano; se apoya en él, y trata de aferrarse. Pero los rojos se echan fuera, y, utili-

zando su postura ventajosa, arrojan a los nuestros a bombazos y a pedradas por la cuesta abajo vertical.

Benzúa, no obstante, se toma al otro día. Al tiempo que sus flancos son rebasados por algunos batallones, el tercio de Navarra elige la subida más desconcertante; la directa, que no dispone de rellanos. Díez de Rivera ha consumido lo preciso; y las explosiones continúan cuando los requetés se acercan a la cumbre. Los defensores no pueden ver lo que sucede. Están agazapados; y, de este modo, las bombas de mano de los nuestros dan principio a su trabajo cuando callan los cañones. El éxito es completo; pero una gran desgracia atterra a los que vencen. Villanova, que estaba al frente de Navarra desde Oyarzun, y que es el hombre de las grandes ocasiones, es gravemente herido y fallece al poco tiempo. Uno más, de los mejores. Uno más de aquellos que lograron la victoria, y no gozaron de ella. ¡Dios lo tenga en su eterna Gloria!

* * *

Con esta operación, las I y IV, quedan desplegadas sobre el bajo Sella. La V está en prolongación. Pero la VI ha entrado en línea; con lo que V y VI están a caballo del camino que va a Cangas, y ambas tratan de acuíñarse en la zona contraria.

No hay bastantes baterías para todo, y un dilema surge: ¿esperar que esta segunda operación se verifique, para que las fuerzas adversarias que se hallan ante el bajo Sella se comprendan mal situadas, y retrocedan..., o preparar la travesía a fin de no perder la alineación de las brigadas, ganando, de este modo, un par de días? Se piensa un poco, y se discute; mas como la segunda solución no exige un «alto» de las «Quinta» y «Sexta», don Juan Vigón decide proponer que estas brigadas sigan avanzando con sus medios en tanto que se monta la operación del paso.

Los grupos libres van entrando en batería. Despliegan frente al Sella. La posición es buena, aunque un poco dominada. Es fácil de ocupar; y esto permite simultanear la entrada en posición con las demás operaciones.

Se forman dos agrupaciones, frente a los mejores vados. Matías Zaragoza manda la primera, con la artillería de la brigada I y las piezas de *ciento*; y la segunda queda a las órdenes de Castro, con las baterías de la IV, los «tigres» y lo que hay de *quince y medio* y

más pesado. Se proyecta luego el plan de fuegos: el *día D*, los tiros de demolición indispensables para desalojar las obras que hay en frente, y el *D más uno*, un «rastrilleo» previo de la zona y el «apoyo» necesario a las columnas que vadeen.

Al Sur, las disposiciones artilleras no varían; pero los elementos motorizados de «Quinta» y «Sexta» y las unidades de refuerzo que se hallaban agregadas, quedan bajo un sólo mando. Torres, en competencia con los «Flac», atiende a los dos lados. Está en constante acecho y en contacto con los jefes laterales de ambos núcleos artilleros de brigada; y, a medida que éstos solicitan más ayuda, él les proporciona todo el fuego disponible. Los «grupos» cambian de posición por escalones. Siempre están en condiciones de hacer fuego. Disparan sin cesar; y, mediante la adopción de zonas preferentes y de zonas secundarias, acaban dando un rendimiento extraordinario.

El resultado es un nuevo avance de la cuña modelada por las brigadas V y VI. La «Primera», la aprovecha; y las tres brigadas juntas se internan francamente. El día uno de octubre, la «Quinta» se descuelga desde el norte sobre el Santuario de Covadonga. La «Sexta», da unos cuantos empujones que no rinden. Pero, entretanto, la «Primera» avanza monte arriba, por la sierra de Santianes, para acercarse a Arriendas, y así libera el frente de la «Sexta».

Arriendas cede el 11. Pero sus puentes han volado —arrancados de cuajo los asientos—, y todo se entorpece por la lluvia de otoño, que incesantemente cubre el horizonte.

El Sella crece, y es necesario compensarlo. Un puente de barcas y otro de circunstancias facilitan el avance de «Primera» y «Quinta», que, apenas rebasada la corriente, despliegan hacia el Oeste y Norte, en abanico.

La «Primera» recomienza su interrumpida marcha el 16, y el 17 alcanza lo más alto y más agreste de la Sierra de Suevo con la ayuda de una buena agrupación de *quince y medio*.

De este modo, el bajo Sella queda un poco menos guarnecido; y, en vista de ello, el 17 mismo, de madrugada, comienza el plan previsto para el antes mencionado *día D*. La acción dura bastante. Gente sale de las obras enemigas, y todo hace creer que las reservas se han marchado. El 18, en efecto, la «Cuarta» pasa el río fácilmente. Entretanto, la «Primera» la desborda, y entra en Colunga, y la «Quinta» —en la otra zona— se mueve rauda, en dirección a Infiesto.

En todas partes; el adversario cede. Sus reacciones son más sua-

ves. Los prisioneros nos refieren que se hallaban simplemente contenidos por los propios comisarios, que, pistola en mano, les obligaban a luchar. Cada vez son más los que «se pasan»; pero, al tiempo que unos llegan satisfechos de su hazaña, otros dan una tremenda sensación de angustia.

Se alcanza pronto Villaviciosa e Infiesto. No obstante, las baterías contrarias siguen tirando. Lo hacen con desorden, y en diversas direcciones. Baten, sobre todo, los cruces de caminos. Tratan de retrasar nuestra ofensiva; más logran sólo acelerarla con el fin de rebasar su fuego o de apoderarnos de sus piezas.

El 21 de octubre, surge un emisario de los rojos. Por su aspecto y su bandera, suponemos lo que quiere, y no nos equivocamos. Ofrece la entrega de las fuerzas que aún se encuentran en Gijón. Más pide que se avance muy de prisa con objeto de cortar el gran desorden y anarquía que ha empezado en la ciudad.

A las cuatro de la tarde, la «Cuarta» hace su entrada. El mismo día se desmorona el cerco establecido alrededor de Oviedo, y la guarnición que estaba dentro o defendía su pasillo, queda libre al cabo de doce meses de una labor brillante y de muchas privaciones.

La campaña ha terminado.

En recuerdo de ella, guardo un cañón de bien escasas dimensiones, que unos cuantos artilleros de las «Brigadas de Navarra» me entregaron, cuando llegué a Gijón. Había pertenecido a Belarmino Tomás, que dirigió las baterías halladas en el campo y en la plaza.

